

Otras reflexiones sobre el concepto de generación

JORGE GARCÍA

No hay duda que el concepto de generación ha ido adquiriendo —con lentitud quizá, pero sin pausa— importancia día tras día en la consideración de los filósofos de la historia. No son pocos hoy los que ven en ella “el eslabón sobre el que engrana el proceso histórico-social... la unidad histórica más elemental y por consiguiente también el concepto cardinal de la sociología.”¹

Pero a pesar de un acuerdo generalizado al respecto aparece una diversidad de opiniones en cuanto —superado el primer punto— se encaran de lleno problemas tales como la duración de las generaciones, sus mutuas relaciones y otros de no menos importancia. Es que cuando abandonamos el plano abstracto e intentamos ubicar a las generaciones en su medio natural, el tiempo, adquieren tal huidizo carácter que se hace extremadamente dificultoso el aprehenderlas.

Intentamos en este trabajo hacer algunas consideraciones, nacidas al enfrentar algunos textos autorizados en la materia, ya con la intención de precisar algún planteo o alguna solución, ya con el afán de sugerir un nuevo enfoque.

Es muy común entre quienes comienzan a interesarse en la cuestión dar un primer paso en falso; se introducen a través de la primera imagen que aparece ante sus ojos: la de una “generación de literatos”, por ejemplo. (Resulta lugar común ejemplificar con la generación del 98). Todo planteo posterior a este punto de partida ha de resultar forzosamente equivocado.

Cabe consignar que incluso agudos pensadores se han quedado en ésta —más que limitada errónea concepción: Dilthey y Ferrari entre los preorteguianos, Pinder y Petersen entre los que conocieron “El tema de nuestro tiempo”.

Constantemente insiste Julián Marías en el error que tal en-

¹ Tratado de Sociología, Tomo II, 2ª Parte, Cap. I. Francisco Ayala.

foque implica. Así en el Cap. II^o ² dice: “La generación es un todo que afecta a la forma íntegra de la sociedad. La derivación abstracta de una serie de generaciones parciales —literarias, artísticas, políticas, científicas, etc.— es en el fondo, ilusoria y sólo tiene valor como ejemplo y simplificación metódica y didáctica. Muchos fallos de la doctrina acerca de las generaciones se deben a esos esquematismos parciales”. En el Cap. V: “No olvidemos que la generación, como advirtió Stuart Mill en 1843 ³ y no me canso de repetir, tiene un carácter total. No se pueden tomar las dimensiones abstractas sino como simplificaciones metódicas irreales. “No hay más que una escala de generaciones que afecta a la vida en su totalidad”.

Dice muy bien Marías. Si así no fuera, de poco o nada nos serviría el concepto que nos ocupa. No constituiría la generación, en manera alguna, la unidad histórica fundamental.

Hasta sería prudente no ejemplificar con estas generaciones parciales; es más lo que confunden que la positiva ayuda que aportan para una adecuada interpretación.

Repetiremos por lo tanto la definición de Ortega (que es sin lugar a dudas el que más clara y profundamente ha visto el problema, al punto de poder decir, sin menoscabo para nadie: la teoría de Ortega) : *Una generación no es puñado de hombres egregios ni simplemente una masa; es como un cuerpo social íntegro con su minoría selecta y su muchedumbre que ha sido lanzada sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada*”.

Minoría selecta y masa interrelacionadas, no son cada uno de estos términos simples abstracciones, realizadas con fines metodológicos sino que constituyen e integran el cuerpo social mismo en cualquiera de los momentos en que practiquemos un corte transversal en el decurso del tiempo.

Pero ¿es que un elemento-masa enfrenta un hecho de la misma manera que un individuo selecto? ¿Realizan su existencia en forma semejante? ¿Poseen la misma altitud vital, para usar el léxico orteguiano?

“Hay en efecto —dice Marías— una discronía entre minoría y masa, pero sólo afecta a los individuos como tales, y no excluye una perfecta sincronía en lo colectivo”.

Así es efectivamente. El individuo egregio —aún el extravagante— no se halla jamás desgajado del cuadro colectivo. Se halla, necesariamente, en esa estructura histórico-funcional que es la generación.

² “El método histórico de las generaciones”.

³ En su obra “A system of logic ratiocinative and inductive”.

Cada generación representa un quehacer común y nos manifiesta una interacción absolutamente inevitable entre sus elementos constitutivos. No se trata de una manera semejante (ideológica o prácticamente) de considerar una cuestión por parte de todos sus individuos integrantes, sino que la forma de considerarla de cada uno está inevitablemente condicionada por la forma de hacerlo de los demás, por más dispares que las mismas sean; se trata, en fin, de una correalización del devenir histórico.

Por lo tanto no es que “un revolucionario y un reaccionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros” (expresión de Ortega que hemos intentado refutar en otra oportunidad) sino que el revolucionario del XIX tuvo que *hacer su vida* a un tiempo con el reaccionario de la misma generación; se enfrentaron ambos y vivieron, a una, su momento. De la misma manera, la *élite* del tiempo X coactúa con la masa del mismo tiempo, sin que cuenten para el caso sus respectivas disparidades o las consiguientes discronías de sus elementos individuales.

La *coetaneidad*⁴ impone una afinidad de problemas, una *común circunstancia a todos los individuos*, mas no exige —a nuestro juicio— *una afinidad entre los mismos individuos*. (La posición de Ortega, no lo olvidemos, es consecuencia lógica de sus supuestos filosóficos: *Razón vital, perspectivismo*).

Hay generaciones pues, y ellas son las protagonistas de la historia, o sea que ésta es realizada por complejos humanos, que desplegados en su soporte natural, el tiempo, son la historia misma.

¿Presentan las generaciones un ritmo fijo? He aquí un problema de planteamiento un tanto áspero, y de solución nada fácil.

Ortega, que ha intentado dar solución a toda la problemática del asunto que nos ocupa, ha propuesto un procedimiento para determinar la serie de las generaciones. Aunque lo sabemos ya bastante conocido, lo delinearemos.⁵

Toma Ortega un período histórico importante por los cambios que en él se han producido: El nacimiento de la Edad Moderna, por ejemplo. Busca luego la figura más representativa de ese momento: Descartes. Registra la fecha en que Descartes cumplió 30 años, 1626. Esta fecha es el centro de la zona de fechas de la generación que tratamos de precisar y distinguir.

⁴ Recordemos la distinción entre *Coetáneos* (ser de la misma edad) y *contemporáneos* (vivir en un mismo tiempo).

⁵ Se halla expuesto en el cap. V de sus Obras Completas y reproducido por J. Marías, en el Cap. V de “El método histórico de las generaciones”.

Pertenecerán a ella los que hayan cumplido treinta años, siete años antes o siete años después de esa fecha, o sea que una generación tendría una duración aproximada de 15 años. "Por ejemplo, dice Ortega, el filósofo Hobbes nace en 1588, cumple 30 años en 1618. Sus treinta años distan de los treinta de Descartes, ocho. Está pues lindando con la generación de Descartes; un año menos y pertenecería a ella. Y —dice más adelante— si una vez comparado Hobbes con Descartes aparece como representando una misma estructura vital que Descartes, colocándose ante el problema intelectual del mundo en idéntica altitud que Descartes, significa que nuestra serie ha sido erróneamente articulada: habrá que correr toda la serie y así sucesivamente hasta que la articulación de las fechas coincida con la efectiva articulación histórica y Hobbes pertenezca a la misma generación que Descartes. De hecho acontece que el caso de Hobbes confirma rigurosamente la seriación propuesta; su distancia de Descartes es mínima".

Como se ve asistimos a la utilización de un procedimiento matemático, en el afán de aislar, aprehender y retener la tan esquiva generación. ¡Historia y Matemáticas! ¿Es posible que mutuamente se soporten? ¿No es este instrumento cuantificador demasiado extraño a la naturaleza y a las posibilidades del objeto al cual se pretende aplicar?

No escapa, en ningún momento, a la consideración de Ortega ni a la de Marías la peligrosidad que encierra tal proceder y es eficaz la defensa del discípulo ante ciertas críticas que evidencian un injustificable apresuramiento, producto de un análisis demasiado ligero, en la apreciación y valorización de esta teoría y un olvido de los supuestos filosóficos orteguianos que la sustentan.

Pero ¿es realmente un procedimiento inobjetable? Recordamos las apreciaciones que hace F. Ayala, por ejemplo, en la obra y cap. ya citados: "La objeción principal, dice Ayala, se refiere a la fecha-eje de la generación. La elección podrá ser tan acertada como se quiera, pero nunca indiscutible; con igual derecho hubieran podido señalarse otras".

Marías defiende la teoría: "Ayala no advierte, dice, que la elección de una figura, por ejemplo Descartes, como punto de partida para el establecimiento de la serie de las generaciones, no es más que un primer paso metódico y que es la REALIDAD HISTORICA MISMA, no las figuras individuales quien determina la serie".⁶ El subrayado es nuestro, porque aquí está el nudo de la cuestión: la realidad histórica.

“Tiene que haber un ritmo —continúa Marías— porque la vida humana tiene una duración media constante y una estructura de edades constantes también. Pero no se trata sólo, ni principalmente de lo que esto tiene de ritmobiológico, sino de las *funciones sociales* de esas edades.”⁷

Y respecto de los 15 años: “La duración de las generaciones tiene que ser *muy próxima* a los quince años, porque *alrededor* de esa edad se sale de la niñez, hacia los treinta se inicia la actuación histórica, ésta dura unos treinta años —divididas en dos fases parejas— y desde los sesenta es muy sensible la disminución del número de supervivientes y éstos inician su retirada.”⁸

La defensa es hábil, sin duda, e interesante sería reproducir muchos otros párrafos de este valioso trabajo de Marías. Como no es prudente hacerlo aquí, remitimos al lector al original.⁹

Si se interpretara —como ha sucedido— que el método orteguiano significa la introducción de un esquema matemático, caprichoso y arbitrario, totalmente extraño a la naturaleza del acontecer histórico, la crítica sería valedera, pero sería errónea la interpretación de lo que Ortega piensa.

Repugna a Ortega, como al que más, las artificiales divisiones cronológicas, inevitablemente rígidas. Lo que hace Ortega es extraer, o mejor ajustar su teoría a la realidad histórica misma.

Dice Marías, en efecto: “Se trata de la componente cuantitativa de la idea de generación, pero en rigor es una cualidad de una realidad viva”, “la estructura existía ya antes de que Descartes, por ejemplo, naciese y pudiera influir en ella; no está pues, condicionada por él, sino a la inversa. Generación de Descartes no quiere decir que es consecuencia suya, generación definida por Descartes, sino al revés: generación a la que Descartes pertenece”.

Como podemos apreciar, el esquema matemático no ha sido impuesto a la historia desde fuera, sino que ha sido extraído de su propio seno. En consecuencia serían legítimas las críticas de los que se basasen en un análisis empírico de la historia que atestiguara que no es de 15 años el ritmo de la misma o que no hay un ritmo más o menos constante, pero no la de aquellos otros que prescindiendo de dicho análisis niegan “a priori”, es-

⁶ Ibid, Cap. IV.

⁷ Ibid, Cap. V.

⁸ Ibid, Cap. V.

⁹ Ha sido editado por “Revista de Occidente”; comprende un curso de 12 lecciones pronunciadas en el Instituto de Humanidades, de Madrid, desde el 14-12-1948 hasta el 8-3-1949.

pantados, el uso beneficioso del matematismo en cuestión.

Además, debemos recordar que, en ningún momento, Ortega o Marías sostienen la existencia de ciclos exactos de 15 años. "Al tratarse de lo humano —dice Marías— la cuantificación no impone la exactitud... la realidad empírica de la historia podría mostrar alguna variación",¹⁰ y muchas otras consideraciones semejantes.

De manera que en el instante mismo de adoptar el 15 como número clave, debemos implicar su variabilidad. Sería tan apresurado y negativo rechazarlo "a priori" como adoptarlo con valor absoluto.

Claro está, empero que al leer la obra de Marías, y su defensa de esta retícula quinceñal, pareciera por momentos, que sostiene una imagen demasiado rígida del acontecer de la vida humana; pero no es exacta esta impresión; sucede que Marías está haciendo una defensa y la misma no carece de ardor y entusiasmo.

En definitiva, es muy interesante el tener presente este número 15, en la medición del tiempo histórico. Si alguien quiere practicar, ¿por qué no hace un análisis de la historia argentina, por ejemplo? A ver qué resulta.

¹⁰ Ibid, Cap. V.